

VENDEDORES AMBULANTES, COMERCIANTES DE “PUESTOS”, MENDIGOS Y OTROS TIPOS POPULARES DE VALPARAISO EN EL SIGLO XIX.

M. XIMENA URBINA CARRASCO*

Valparaíso nació como caleta, tuvo infancia de puerto y se desarrolló como emporio de redistribución de mercancías más importante de la costa del Pacífico Sur en el siglo XIX.¹ Su crecimiento comercial fue un empuje para la República y un imán que atrajo a miles de inmigrantes y nacionales que se instalaron y acomodaron, solos o con sus familias, en la estrecha franja de tierra que dejaba el mar antes de golpear los cerros. Familias chilenas se trasladaban al Puerto tras el comercio, así como extranjeros conectados con las casas comerciales de sus países de origen, inmigrantes pobres de todas partes del mundo, porque como ha estudiado Gilberto Harris, la inmigración extranjera fue, en parte, de “proletarios, aventureros, desertores y deudores”,² y campesinos de las distintas provincias del país, huasos, gañanes o peones que llegaron a buscar un mejor pasar en una ciudad que parecía ofrecerlo todo. Como en el plan de Valparaíso escaseaba el suelo donde edificar, conforme la población iba aumentando, se hacinaba en los terrenos del “plan” o en las quebradas más cercanas al puerto; luego en los cerros inmediatos y, más tarde, encaramándose en los lomeríos más altos y distantes, cuando el sistema de agua potable de Valparaíso hizo posible el poblamiento más arriba del Camino Cintura.

Era un constante movimiento de mercancías por mar y tierra, en la orilla de la playa y en las calles de la ciudad, en el puerto y los mercados, porque, además de las existencias que se desembarcaban provenientes de otros mares, a Valparaíso llegaban los productos del campo para la alimentación y abastos en general. Desde “el interior” el valle de Quillota, Limache o el de Casablanca - un ininterrumpido tráfico de **huasos** con sus mulas y carretas tiradas por bueyes llegaba diariamente a la ciudad, como se retrata en los óleos de Thomas Somerscales sobre los accesos de Valparaíso, por los “altos del puerto”, cuando ese era el sendero que permitía “bajar al plan” y cuyo principio y fin estaban detrás de la Iglesia La Matriz.

Valparaíso mostraba las curiosidades propias de los puertos-mercado, pero con las naturales diferencias respecto a otros puertos del mundo, que llamaron la atención de los viajeros extranjeros, quienes tomaron nota de la vida cotidiana de esta ciudad con

*Magíster en Historia, Universidad Católica de Valparaíso. Profesora Universidad Marítima de Chile.

1. Lorenzo, Santiago; Harris, Gilberto; Vásquez, Nelson. **Vida, costumbres y espíritu empresarial de los porteños. Valparaíso en el siglo XIX.** Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, Serie Monografías Históricas N° 11, 2000. Pág. 58.

2. Harris Bucher, Gilberto. **Emigrantes e inmigrantes en Chile, 1810-1915. Nuevos aportes y notas revisionistas.**

sus curiosidades y exotismos, como William Ruschenberg,³ en los años treinta del siglo XIX, o Marie Robinson, una década antes.⁴ Los escritos de viajeros están llenos de novedades, aun para los lectores chilenos y constituyen una fuente rica en descripciones sobre la cotidianidad de la vida urbana porteña del 1800, especialmente interesantes para individualizar los tipos populares que aportaban su colorida expresividad y que eran vistos con simpatía por los ocasionales visitantes, buscadores de lo singular y pintoresco.

Aprovechando este material, pretendemos echar una mirada a las tipologías de personajes populares: vendedores ambulantes, mendigos y “rotos” del Valparaíso del siglo XIX,⁵ la forma de comportarse en la ciudad, sus raigambres campesinas, y el original y distintivo cariz que aportaban a la vida urbana porteña. En una segunda parte, intentaremos establecer la relación que existía entre este tipo de trabajadores independientes y las normas municipales, en el contexto de una ciudad que, junto con su modernización en la segunda mitad del siglo XIX, comienza a controlar, restringir y hasta prohibir la presencia de los vendedores ambulantes para resguardar la higiene, vigilar el orden y cautelar las entradas municipales. Las fuentes para esta segunda parte, a diferencia de la primera, son fundamentalmente de carácter oficial contenidas en las ordenanzas municipales y en los informes de inspectores de servicios, así como las quejas y peticiones de la población popular de la ciudad, recogidas en el Archivo Municipal de Valparaíso.

Los vendedores ambulantes y el semblante de Valparaíso en el siglo XIX.

Los lancheros y cargadores tenían su propio espacio en el puerto, bajando a tierra las riquezas del norte y sur del país, y las importaciones extranjeras que llegaban en los barcos en tiempos en que toda la faena de carga y descarga, el abastecimiento de combustible, agua y provisiones, se hacía sobre sus espaldas “desde la orilla de la playa a las lanchas y de éstas a tierra... sumidos en el agua hasta los pechos”,⁶ como decía Diego

3. Ruschenberg, William. *Noticias de Chile 1831-1832, por un oficial de la marina de los EE.UU. de América*. Santiago, Editorial del Pacífico, 1956.

4. Robinson Wright, Marie. *The Republic of Chile. The growth, resources and industrial conditions of a great nation*. Filadelfia, S/f. El prólogo está fechado en diciembre de 1904.

5. Sorprende que no haya estudios sobre la clase popular urbana porteña en toda su historia. Falta poner atención en los no asalariados de la ciudad y sus comportamientos cotidianos. Una panorámica descripción de vendedores ambulantes en Valparaíso en el siglo XIX puede encontrarse en algunos párrafos de Estrada T., Baldomero. “Poblamiento e inmigración en una ciudad puerto. Valparaíso 1820-1920”. En: VVAA. *Valparaíso, Sociedad y Economía en el siglo XIX*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, Serie Monografías Históricas N°12, 2000. Pág. 20 y ss. También se dedican algunas líneas en Urbina Bugos, Rodolfo. *Valparaíso, Auge y Ocaso del Viejo “Pancho”. 1830-1930*. Valparaíso, Editorial Puntángelos, 1999.

6. Citado en Flores F., Sergio; Saavedra A., Juan. “El Valparaíso de O'Higgins en la observación de los viajeros (1817-1825)”. En: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N°146. Santiago, 1978. Pág. 199.

Portales, en 1822. La orilla de la playa, por cierto, era el lugar más concurrido del Puerto y sintetizaba, con su movimiento, la marcha comercial de la ciudad. Sólo a unos pocos metros del muelle, ámbito de los trabajadores portuarios, comenzaba el mundo de la calle donde hacían notar su presencia los vendedores ambulantes. En el siglo XIX y a comienzos del XX, casi toda la distribución de bienes al menudeo se hacía mediante estos hombres, también mujeres y niños, que se movían por la ciudad al aire libre, a pie o a lomo de burro, para proveer a la población de toda suerte de productos. Eran muchos, pero carecemos de cifras para la primera mitad del siglo, pues nunca constituyeron gremios y casi no dejaron huella de sí en los documentos oficiales. Tampoco llamaron mayormente la atención del vecindario de principios de siglo; al menos, no sintieron deseos de describirlos, aunque formaban parte de la vida cotidiana. Sólo quienes venían de otras latitudes en la misma centuria y principios del XX, se interesaron por retratar a estos vendedores callejeros de “un-cuanto-hay” por sus voces características, sus gestos y ademanes para hacerse notar, o por sus indumentarias, consignando en sus memorias algunas frases, como lo hizo Gilbert Farquhar Mathison en 1821, cuando describe el panorama de Valparaíso a su arribo por mar. Dice que al llegar a tierra, luego de un desordenado desembarco, “se veía una cantidad de mulas, algunas cargadas, otras con aparejos vacíos, en tanto que sus arrieros, llamados peones, vestidos con los trajes característicos del país, animaban con sus bulliciosos gritos”.⁷ Si los vendedores ambulantes eran mirados con curiosidad y simpatía por los viajeros extranjeros, generalmente atentos a todo lo pintoresco, muy distinta actitud solían tener para con ellos los residentes permanentes de Valparaíso, quienes muchas veces expresaron sus quejas ante la Alcaldía por la multitud de vendedores que obstaculizaban el paso por las calles y por la suciedad asociada a las ventas.

A principios de siglo, ofrecían su mercadería con grandes gritos, intentando llamar la atención en medio de la gente, actividades del puerto y comercio de calle La Planchada y adyacentes. Como ambulantes, no ofrecían su venta en un puesto o lugar fijo que identificara su negocio, sino que se valían del ingenio y la picardía para interesar a los transeúntes y moradores de las casas. Por eso, el ruido de sus pregones característicos, según su especialidad, y su movilidad a lo largo de la calle comercial sin pausa, hacían del vendedor callejero el alma de la ciudad, porque sus voceos pintorescos y entonación particular que cada uno ponía al suyo, era la música de fondo permanente que hacía tan singular el plan de Valparaíso. La vida callejera no habría sido la misma sin ellos. Pululaban por todas partes abasteciendo a los distintos sectores sociales y

7. Mathison, Gilbert Farquhar. *Narrative of visit to Brazil, Chile, Peru and The Sandwich Islands*, 1821-1822. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso, 1986. Pág. 77.

permitiendo, a fin de cuentas, que la ciudad funcionara, porque ellos surtían el agua, la leche, el pan, la carne, la fruta y un sinfín de provisiones. No todos trabajaban al mismo tiempo. Había vendedores ambulantes para la mañana, otros lo hacían por la tarde, al crepúsculo y en la noche, porque el día se dividía desde el “tiempo de la leche” al “tiempo del *motemey*”. Por eso, su figura, su paso y su grito indicaban la medida del tiempo, cuando el uso del reloj no era generalizado.

Ricos comerciantes y damas vestidas a la última moda europea, compartían la calle con tortilleros y aguateros en tiempos en que el plan apenas se insinuaba entre el cerro y el mar con el nombre de La Planchada, cuya estrechez barrota o polvorienta, según la estación llegó a ser el natural y obligado espacio de convivencia entre vendedores y compradores. Un escenario reducido, pero colmado de gentes donde forzosamente debían sobresalir las figuras y voces de los vendedores con más nitidez que en Santiago, donde la mayor holgura del espacio, de plazas, de calles más anchas, la presencia del vendedor era sólo un detalle. En Valparaíso apenas desembarcaban los viajeros, se encontraban de lleno en medio de una confusión de gentes y voceríos.

Aguateros, carniceros, panaderos y verduleros.

Los más curiosos y numerosos eran los aguateros o aguadores que repartían el agua, personajes de vital importancia para la ciudad durante todo el siglo XIX, y continuaron siéndolo, aunque ya en retirada, después de instalado el servicio de agua potable desde el Embalse Peñuelas, en 1900. Los aguateros eran los más visibles entre los pregoneros, trajinaban todo el día con sus tinajas, y lo hacían a lomo de mula. Se distinguían del resto de los vendedores ambulantes porque “usaban un alto sombrero cónico y delantal de cuero. Las mulas llevaban dos pequeñas barricas una a cada lado, en un armazón de madera”.⁸

Se surtían de las numerosas vertientes de la ciudad, y, para sorpresa de los foráneos, allí mismo donde las mujeres lavaban la ropa y los animales bebían, “el aguatero llena sus barriles con el mismo elemento ensuciado, para venderlo caro en las calles de la ciudad”,⁹ a pesar de los esfuerzos del Municipio por regular el negocio del agua y cuidar la higiene para prevenir las epidemias. Había infinidad de aguateros. Unos eran los niños que conducían el agua a sus casas a pie y con balde desde la pila cercana. Otros eran los aguateros de a caballo o de a burro. De éstos, había peones al servicio de particulares, y aguateros independientes que vendían el líquido con la bestia cargada de

8. El Mercurio de Valparaíso. 12 de septiembre de 1967. Citado en Calderón, Alfonso. *op. cit.* Pág. 122.

9. Poeppig, Eduardo. *Un testigo de la alborada en Chile (1826-1829)*. Santiago, Zig-Zag, 1960. Citado en: Calderón, A. *op. cit.* Pág. 110.

barricas por las calles porteñas. Dice Luis Aguirre, citando a un cronista, que el aguatero formaba dos especies: el del caballo y el del burro. Este último “conduce su mercancía sobre el lomo de un pollino que sufre pacientemente los zurriagos que con una huasca le aplica de vez en cuando su conductor; trabaja por cuenta propia y es por lo tanto más complaciente que el de a caballo, el cual como depende de un patrón al cual rinde aguadas cuentas, demuestra insolencia y mala voluntad, importándole un bledo en perder las caserías”.¹⁰ Los aguateros de burro eran más numerosos y eran los que estaban más sujetos a fiscalización. Ruschenberger los describe así: “... el aguador va sentado en ancas moviendo sus piernas desnudas, primero una y después la otra como en el acto de espolear”. Montaba “apoyado transversalmente sobre el fuste delantero de la silla” y llevaba una vara larga con un garfio en la punta, haciendo sonar un cencerro que usaba prendido a la montura con el fin de anunciar su presencia. Al detenerse para vender el agua, el aguatero desataba una de las dos tinajas y sostenía la otra con la vara “evitando así que se vuelque la montura”.¹¹ En 1831, la medida de agua era la “carga” y valía 1 real.

Otros eran los muleros de la carne o carniceros callejeros, porque hasta la carne “se expendía por vendedores ambulantes que salían a las 11 de la mañana de los mercados municipales”,¹² del Puerto, el Cardonal y el Cóndor a fines del XIX. Era la carne para el consumo, y se vendía por las calles transportada en burros en los años treinta, y que, según William Ruschenberg “generalmente causa repugnancia al extranjero, tanto por la apariencia sucia y seca de la carne, cuanto por el aspecto cruel y ensangrentado del carnicero” y apunta que “en lugar de descuartizar el animal, disecan separadamente los grandes músculos, siendo este sistema muy a propósito para la cocina chilena”.¹³ Llevaban los trozos de carne en alforjas de cuero que colocaba a cada lado de su burro, siguiéndolo a paso lento y con un gran cuchillo dispuesto a trozar rápidamente la carne, que ofrecía con su fuerte pregón “con voz gangosa, carne de vaca o carne (de) cordero”.¹⁴ A fines del siglo XIX se veía todavía esta imagen de siempre. Benjamín Subercaseaux, que reparaba en las pequeñeces de la ciudad, distingue las clases de burros según su carga y se detiene en describir el burro de la carne que va cargando “los trozos de carne sanguinolenta [y] trepa por las calles empinadas remeciendo su carga... de pulpa y de gorduras bajo los paños que la cubren, y un enjambre de moscas que se agitan en torno”.¹⁵

10. Aguirre Echiburu, Luis. *El libro de Valparaíso 1536-1946*. Valparaíso, Imprenta Salesiana, 1946. Pág. 38.

11. Ruschenberger, William. *Noticias de Chile 1831-1832, por un oficial de la marina de los EE.UU. de América. op. cit.*

12. Aguirre Echiburu, Luis. *op. cit.* Pág. 172

13. Ruschenberger, William. *Op. Cit.* Pág. 19.

14. Idem.

15. Subercaseaux, Benjamín. *Chile o una loca geografía*. Santiago, Editorial Universitaria, 1995 (1ª Edición de 1940).

Los “polleros”, en cambio, vendían a pie. Se desplazaban por la ciudad con el gallinero colgando de sus hombros, como lo hacían todos los vendedores de aves. Eran muy pintorescos y ruidosos debido a la algazara que los acompañaba. Tuvieron corta vida, porque el Municipio vio en este modo de conducir gallinas un “acto de crueldad”, hasta que prohibió esa manera tradicional y sólo permitió a los vendedores llevar las aves “en gallineros, canastos, cajones o de otro modo análogo”.¹⁶ Más tarde se les autorizó únicamente en puntos de venta fija, como los mercados.

Más cotidianos eran los panaderos ambulantes o “petaqueros”, quienes traían el pan desde las panaderías y lo ofrecían en el plan y en los cerros “en carpachos de cuero curtidos”,¹⁷ tal como lo captó Harry Olds en una de sus fotografías de 1899. En ella se ve al hombre y al burro, y a cada lado de este último, dos grandes recipientes de cuero con su tapa, cosido también con cuero, y envueltos en un paño blanco, que permitía mantener la tapa abierta para mostrar la frescura del pan a los compradores. La mayoría de los petaqueros no horneaban su mercancía sino que eran distribuidores contratados por quienes tenían panadería en el plan. En la mañana, lo expendían fresco y, por las tardes, subían a los cerros a ofrecer el pan endurecido que no se había vendido durante el día. El panadero, como lo ha llamado Harry Olds, vestía delantal blanco e iba acompañado por su perro, que compartía la montura con su amo. Ante el crecimiento de la ciudad y la multiplicación de sus actividades, la Municipalidad se hizo responsable del orden y control del tráfico urbano, por lo que reglamentó el peso que debían soportar los animales de carga. Dispuso también, en el artículo 5° del Reglamento, que “es prohibido a los conductores de animales cargados ir montados sobre ellos. Se exceptúa a los lecheros y panaderos”,¹⁸ cuya mercancía no era tan pesada para los animales.



PANADERO, LAMINA HARRY OLDS,
VALPARAISO 1900.

Los fruteros ofrecían verduras y frutas por las calles, con el pregón propio de los “argueneros”, como los llama Luis Aguirre ya en el siglo XX. Agrega que su popular nombre proviene de “los dos enormes carpachos sueltos de cuero tejido que estaban a

16. Decreto de la Alcaldía Municipal. Valparaíso, 16 de mayo de 1895. En: *Recopilación de leyes, ordenanzas, reglamentos y demás disposiciones vigentes en el territorio municipal de Valparaíso sobre la administración local*. Valparaíso, Babra y Ca. Impresores, 1902.

17. Aguirre E., Luis. *op. cit.* Pág. 174.

18. Reglamento sobre el peso que deben cargar los carretones y bestias de carga. Decreto de la Alcaldía Municipal, 27 de septiembre de 1898. En: *Recopilación de leyes, ordenanzas, reglamentos y demás disposiciones vigentes en el territorio municipal de Valparaíso sobre la administración local. op. cit.*

ambos lados de su caballo o mula”¹⁹, aunque Harry Olds nos presenta a un “verdulero” de a pie, que portaba sobre su cabeza un enorme canasto en el que destacan choclos y pepinos, vestido de chaqueta y chaleco - aunque raídos - pero sin zapatos. Eran estos verduleros los distribuidores finales que probablemente se abastecían comprando el producto a los **huasos** que llegaban con sus mulas y carretas a surtir el mercado de Orrego - más tarde los de el Cardonal y el Cóndor - con los frutos de su propia cosecha. Desde la inauguración del ferrocarril que une Valparaíso con Santiago, muchos campesinos, hombres y mujeres, llegaban temprano al Puerto a ofrecer los productos de su huerto, para regresar, por la tarde, a sus ranchos del valle de Aconcagua. Con este medio de transporte, el antes largo y lento viaje con carretas, que implicaba la instalación de la comitiva en los márgenes de la ciudad para pernoctar y buscar la entretención arrabalera en las chinganas antes de volver al interior, se le pudo restringir a una acción por día, sin necesidad de atiborrar a los animales con carga, sino que se transportaba lo que el mismo **huaso** podía llevar en sus hombros.



VERDULERO, LÁMINA HARRY OLDS,
VALPARAISO 1900

Los vendedores eran curiosos, cazurros e irreverentes, pícaros, desenvueltos y pintorescos. Pasivos, melancólicos y sufridos, resistentes, sucios, y sobre todo, porteños. Porque eran los únicos de Chile que escalaban la ciudad por acantilados, laderas y quebradas. El burro de Valparaíso - la cabalgadura del pobre - compartía la ciudad con hermosos caballos de fina montura inglesa, de bridas y bozal, y con los briosos tiradores de los “carros de sangre”. El burro era el pobre corcel mal mirado, pero el más visible, por su carga y aparejos, como visible su jinete, en las calles del plan y los cerros. Ya puede imaginar el bullicio diurno, por las calles serranas y del plan de Valparaíso, del vendedor callejero, quien “continuamente vocea el nombre de su mercadería”, en su particular pregón y entonación, “de modo que se oyen al mismo tiempo tonos discordantísimos”²⁰; sumado al ajetreo sin pausa de las faenas portuarias, los coches y los peatones que saturaban el corto recinto del plan.

19. Idem.

20. Bladh, C.E. *Valparaíso entre 1821-1828*. En: Calderón, A. *op. cit.* Pág. 86.

Pequeneros, tortilleros y moteros.

Vendedores de aceitunas y lo que Ruschenberg llamó “picantes” aparecían “de noche, aún muy tarde”²¹ voceando sus productos. También en la noche o al amanecer, cuando los habitantes de ranchos y conventillos salían a trabajar, transitaban otros pregoneros, distintos a los diurnos. Esta era la hora de los tortilleros, **pequeneros** y vendedores de **mote mey**. Los **pequeneros** vendían el pequén, “un preparado comestible único y propio de nuestro pueblo”, que consistía en una empanada pequeña “de gran valor digestivo”, por lo mismo, preferida entre los trabajadores. El mismo autor la describe como “una envoltura de masa de harina que (...) [tiene] “la color”, grasa de vacuno coloreada de rojo con el ají... todo eso aparte de una buena cantidad de cebolla cocida...”²² Mientras en casa la mujer amasaba, el marido salía a las calles muy de madrugada a ofrecer el desayuno favorito de los trabajadores urbanos.

Otros vendedores de comestibles preparados eran los que expendían humitas y choclos cocidos, junto con el mote con huesillo, apreciado sobre todo en los calurosos días de verano. El motero apareció tardíamente, ya entrado el siglo XX. Generalmente, no recorría la ciudad, Excepto el trayecto del cerro al plan, al grito **motemey**, para instalarse en una esquina, donde su sola presencia, siempre en el mismo sitio, congregaba a los transeúntes. Cocinaba en plena acera con “una enorme olla de huesillos con caldo suficiente azucarado para hacer agradable la ingestión de este alimento”²³ y su pequeña industria, con su dulce olor y el farolito que los acompañaba, eran su única propaganda. Luis Aguirre nos recuerda que aún en la época en que él escribe - 1946 - los tortilleros, **pequeneros** o vendedores de **motemey** usaban estos faroles portátiles para alumbrarse en las noches.

Veleros y hojalateros.

Al ponerse el sol, **pequeneros**, tortilleros y **moteros**, compartían las calles con otros vendedores nocturnos, que hacían el recorrido a pie. Ruschenberger dice que apenas se extingue el día “aparece el velero con su carga de inmundas velas de sebo atadas a una vara que lleva al hombro gritando: ¡velas de sebo!”²⁴ Las candelas eran la única forma de proporcionar la necesaria luz en las peligrosas noches porteñas de principios del siglo XIX, penumbras pobladas de ladrones, marineros ebrios, prostitutas caminando con sus conquistas a la salida de las chinganas, vagabundos y borrachos. Vicente Pérez Rosales recuerda en 1814 “que la policía, para evitar los robos que solían hacerse de noche en aquel estrecho paso [se refiere a la cueva del chivato], colocaba en

21. Ruschenberg, William. *op. cit.* Pág. 25.

22. Aguirre E., Luis. *op. cit.* Pág. 178-179.

23. Aguirre E., Luis. *op. cit.* Pág. 179.

él, suspendido de una estaca, un farolito de papel con vela de sebo de las de a cinco el real”²⁵ La “policía” a que hace referencia Pérez Rosales, no eran sino los “celadores” o **cataneros**, “como los llamaba el vulgo, por el enorme sable que llevaban”²⁶ Ellos constituían el servicio de seguridad, que era gratuito y compuesto por los mismos vecinos que se organizaban para detener a los delincuentes, a partir de retenes en cada uno de los cerros.

Veleros y **cataneros** con sus voces y pitos eran los sonidos de las calles al comienzo de la noche, luego el campanilleo y grito del hojalatero que pregona “ibacinicas de hojalata muy baratas!”²⁷ Y el canto del sereno, cuando caminaba por las calles al grito de “¡el farolito a la puerta!”, dirigido a los vecinos, que debían colgarlo en la puerta de la calle y mantenerlos encendidos durante toda la noche, bajo pena de multa.²⁸

Vendedores de frituras, frutillas y diarios.

En el día y hasta caer la noche, había muchos lugares de venta de “frituras dulces” o masas fritas y azucaradas. Su propaganda o pregón era la invitación dada por “el sabroso aroma que se esparce y el chisporroteo de la grasa hirviendo”. Sólo esto “hace saber a los transeúntes que allí pueden encontrar frituras dulces”²⁹ que llamaron la atención de Mary Graham, pero que no eran sino parte de la cotidianidad del sector portuario y comercial de Valparaíso. Registró también en su **Diario de mi residencia en Chile** que, en el Jardín de Valparaíso (Jardín Abadie, actual Parque Italia), las señoras que allí paseaban compartían el espacio con “dos hijas de pescadores que iban a vender una clase de algas [- probablemente el cochayuyo -] y varios mariscos...”³⁰, en 1822.

Otros eran los vendedores callejeros que aparecían, en noviembre, para ofrecer a los transeúntes las primeras frutillas. Bladh vio a niños venderlas “montados en burros, dando gritos continuos y agudos de ‘ifrutillas!’, trayendo en la mano un palito largo de 2 cuartas, envueltos en hojas y flores donde están pegadas 4 a 5 de estas frutas”.³¹ Y nos da algunos datos sobre medidas y la variación de los precios de acuerdo a la oferta y la demanda. Por ejemplo, las primicias valían un real; después de algunos días, el precio descendía a la cuarta parte y, cuando ya era pleno tiempo de frutillas, el valor bajaba hasta un real el almud entero.

25. Pérez Rosales, Vicente. Citado en Calderón, A. *op. cit.* Pág. 70.

26. Aguirre E., Luis. *op. cit.* Pág. 172.

27. Ruschenberg, William. *op. cit.* Pág. 24-25.

28. Aguirre E., Luis. *op. cit.* Pág. 172. También en El Mercurio de Valparaíso. 12 de septiembre de 1967. Citado en Calderón, A. *op. cit.* Pág. 124.

29. Graham, Mary. **Diario de mi residencia en Chile en 1822**. Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1972. Pág. 27.

30. *Ibidem.* Pág. 57.

31. Bladh, C.E.. *op. cit.* Pág. 83.

Distribuidores y corredores de las calles centrales eran los vendedores de diarios que sorprendieron por sus gritos a un ciudadano boliviano que visitó Valparaíso en 1886. Entre el ajetreo, el bullicio y la agitación que, en sus palabras, caracterizaban a Valparaíso en aquel entonces, un lugar ocupaban los suplementeros, a quienes califica como “rapaces”, que “pregonan a grito herido la venta de diarios dando cuenta de las noticias que éstos contienen”. Numerosos eran los diarios y revistas en el siglo XIX, que competían por informar, sobre todo comercialmente, a los porteños,³² cantidad que aumentaba ostensiblemente en los meses previos a las elecciones presidenciales y parlamentarias.

Mendigos.

Hemos incluido en esta rápida tipología de personajes populares a los mendigos, porque, formando parte de la clase popular urbana, contribuían con su presencia en lugares fijos o moviéndose por las calles de Valparaíso, tanto que “le salen a uno al paso por todas partes, mostrando sus heridas y deformaciones con tanta insistencia hasta obtener una limosna”³³; con una insistencia que incomodó a Federico Walpole, en la década del 40 del siglo XIX. Los mendigos se instalaban también en las esquinas “tanto de día como de noche”, donde “se sientan los limosneros en cuclillas con las manos en postura de implorar, suplicando al que pasa, con voz llorosa y gangosa, una limosna para un pobre, por el amor de Dios”³⁴; dádiva pedida con o sin permiso municipal, porque tanta era la mendicidad que la Municipalidad debía controlarla otorgando o no permisos para ejercerla.

Poco caso se hacía de estos pedidos, dice Ruschenberg, pero era distinto en los sábados, cuando era costumbre “que se agrupen los limosneros en las calles para pedir limosna en nombre del santo titular de cada cual”, porque, en esa ocasión, sí que los porteños les daban algo. Harry Olds decía en 1899 que “hay muchos mendigos en la ciudad y todos los sábados por la tarde se dan sus vueltas por los negocios para pedir limosna”³⁵. Uno de ellos llegaba a su estudio fotográfico, conducido por un perro chico. “El hombre es ciego y este perro conoce todos los lugares donde su dueño recibe algunos centavos a lo largo de los pasajes, y nunca se equivoca sino que va directo a los distintos negocios”³⁶. Otros pordioseros no limosneaban a pie, Ruschenberg dice que “no es raro

32. Aguirre E., Luis. *op. cit.* Ofrece un listado de diarios y revistas que se publicaron en Valparaíso desde 1826 con “El telégrafo de Valparaíso”, hasta 1940 en que salió a la venta el diario “La Opinión”.

33. Walpole, Federico. *Trips of Fred Walpole on board the Collingwood, 1844- 1849*. En: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 106, 1935. Citado en Calderón, A. *op. cit.* Pág. 207.

34. Ruschenberg, William. *op. cit.* Pág. 6.

35. Carta de Harry Olds a su tía, fechada el 26 de octubre de 1899. Granese Philipps, José Luis. *Valparaíso, 1900. Harry Olds, Fotografías*. Santiago, Ograma Impresores S.A. Pág. 26.

36. Idem.

encontrase con hombres viejos a caballo implorando con la voz más lastimera 'un medicito por el amor de Dios'. Se agrega el diminutivo *cito* para amenguar en apariencia el valor de la limosna que se pide³⁷. Según Paul Treutler, dos décadas después “...no se veían mendigos en Valparaíso y se conocía la palabra pobreza sólo de oídas, lo que sin duda significa mucho en una población de 50.000 almas”,³⁸ como lo era Valparaíso al promediar del siglo XIX. Se equivocaba el alemán, porque la pobreza y mendicidad eran males endémicos de Valparaíso.

Sin embargo, la población porteña, progresivamente refinada y de caudal, y un numeroso vecindario de clase alta, cansado de compartir los espacios con los limosneros, elevó sus denuncias a la Alcaldía, haciendo notar que “en las calles y plazas de la ciudad, en los mercados públicos y en las casas de espectáculos o diversiones, se presentan mendigos solicitando la caridad pública”. Como consecuencia, en 1901, la autoridad Municipal prohibió la mendicidad porque “esta costumbre constituye un abuso y es contrario a la cultura de un pueblo”.³⁹

Este decreto de prohibición - establecido bajo pena de multa de 5 pesos - evidencia el progresivo distanciamiento entre la clase alta de Valparaíso y los grupos populares, ahora mucho más marginados física y socialmente que en la primera mitad del siglo XIX, cuando Valparaíso era aún un pequeño puerto. Por entonces, la estrechez espacial había obligado a los porteños a compartir la vida urbana del plan entre distintos estratos sociales, a diferencia de las otras ciudades chilenas, como Santiago, donde la mayor holgura de la planta permitió, en la segunda mitad del siglo, definir los espacios e incluso delimitarlos, como lo hizo el Intendente Vicuña Mackenna en la década de 1870, separando la ciudad patricia de la ciudad de la “gente rota”.⁴⁰ En Valparaíso tal separación habría sido inaplicable. Sin embargo, contemporáneamente a la acción “embellecedora” de Vicuña Mackenna en Santiago, el Puerto pudo experimentar una creciente preocupación por el aseo y el orden de sus calles y edificios, de tal manera que se reguló el tránsito de la población y la venta de productos dentro y fuera de los mercados, así como también se intentó poner bajo control a la población popular, prohibiendo las lidias de toro, riñas de gallos, el juego de la chaya, las chinganas y otros. Los vendedores ambulantes fueron normados bajo ordenanzas y fiscalizados por los inspectores de sanidad, por lo que su número y variedad disminuyó en las calles, perdiendo la ciudad parte de su tono urbano característico.

37. Ruschenberg, William. *op. cit.* Pág. 26.

38. Treutler, Paul. *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863*. Santiago, Editorial del Pacífico, 1958, Citado en Calderón, A. *op. cit.* Pág. 221.

39. Municipalidad de Valparaíso. Decreto de la Alcaldía, 22 de enero de 1901. En: *Recopilación de leyes, ordenanzas, reglamentos y demás disposiciones vigentes en el territorio municipal de Valparaíso sobre la administración local*. Valparaíso. *op. cit.*

40. Romero, Luis Alberto. *¿Qué hacer con los pobres?. Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*. Santiago, Editorial Sudamericana, 1997. Pág. 123 y ss.

Elementos campesinos en la ciudad.

La venta ambulante fue, en gran parte, la ocupación de un segmento de la población que migró desde los campos; por lo tanto, hay que considerarlos como portadores de la cultura campesina chilena. Probablemente, la conducción a la ciudad de los productos del campo, para ser vendidos a locatarios de las recovas o directamente a los vendedores ambulantes, comenzó siendo un período intermedio o de tránsito, antes de la definitiva radicación. Es la imagen de **huasos**, llamados comúnmente **peiros**⁴¹ acampando en las Delicias, es decir, en los arrabales de la ciudad o espacio que servía de conexión entre el campo y la urbe, o bien entreteniéndose en chinganas o en carpas levantadas en el mismo sector del Almendral con fines de diversión, antes de emprender el regreso a los valles del interior. Parte de estos **huasos** fueron quedándose en la ciudad, compartiendo los extramuros con aquellos inmigrantes definitivos -hombres y mujeres- que iban levantando sus toldos y ranchos en el fondo de las quebradas. El barrio de Santa Elena, en el Almendral, fue perfilándose desde comienzos del siglo XIX, como el nexo urbano-rural, es decir, un barrio de **peiros**. En 1907, era visto “como uno de los pocos de esta ciudad que conservan su carácter antiguo”.⁴² Decía El Mercurio que allí llegaban “los forasteros del campo de Melipilla, Casablanca, etc.”, dando al barrio un aspecto de “pueblo chico, bastante curioso”, refiriéndose al desaseo, abandono y a las numerosas caballerizas para carretas y coches, tantas que “en ocasiones pasan de 150 las bestias encerradas en el establo” de una de las muchas posadas sitas al final de la Av. de las Delicias en el barrio de Santa Elena.⁴³ Sus costumbres campesinas no desaparecían al llegar a Valparaíso, y su vestimenta de poncho, ojotas y sombrero cónico, para el caso de los hombres, podía delatar su raigambre rural.

La venta ambulante fue una forma de sobrevivencia intermedia entre el trabajo asalariado o proletarización y el peonaje desarraigado rural. Hasta mediados del siglo XIX, se tenía libertad para vender de todo, sin restricciones. El capital no se componía más que de un canasto y una suma mínima para comprar a los **huasos** que llegaban con sus recuas de mula o a los arrendatarios de puestos en las recovas, la mercancía para un día. Otras veces, se invertía en una vaca, para vender la leche fresca. Como hemos dicho, el ferrocarril entre Santiago y Valparaíso sirvió de incentivo para la venta, en la ciudad, de los productos agrícolas en forma más expedita. El volumen de mercancías y la rapidez de conducción permitió a muchos ejercer la venta ambulante como una actividad complementaria a las labores del campo, sobre todo en los meses de verano cuando colmaban las calles de Valparaíso, como aquella “muchachona, seguramente de algún

41. El Mercurio. Valparaíso, 6 de mayo de 1907.

42. El Mercurio. Valparaíso, 7 de abril de 1907.

43. Ídem.

pueblo vecino, por su indumentaria campesina”⁴⁴ que se acercó a curiosear el puesto de venta callejera que un turco instaló para vender chucherías, vestida con chal y largas trenzas negras, decía la Revista Sucesos en 1913. El Puerto era una ciudad de contrastes: El campesino chileno, ataviado rústicamente, de ritmo, expresiones y comportamientos diferentes de los sectores populares ya establecidos, compartiendo la ciudad con comerciantes, empresarios y señoras de élite porteña, que paseaban por las calles con vestidos cada vez más lujosos y costumbres refinadas a la europea.

Las mujeres populares encontraron en la venta ambulante una oportunidad de subsistencia, como las que habilitaban un puesto un par de cajones y un toldo en la puerta de su rancho, cuarto redondo o conventillo. Por la ausencia del marido y la necesidad de dar de comer a los hijos, las mujeres se lanzaron a la calle, canasto en mano, a vender cualquier cosa. Sin embargo, había que cumplir las disposiciones. Una orden municipal de 1907, requería la devolución de algunos permisos de venta ambulante, porque las personas no estaban respetando los sitios fijados por dicha patente. Los permisos retirados correspondían a María Vivar Zavala, para vender diarios en la calle Cochrane, puerta del mercado del puerto frente a la calle la Matriz; otro a María Herrera, para vender empanadas y dulces en Crucero con Blanco; Leonor Ibarra, para venta ambulante de huevos y limones; José Tapia, para la venta de flores en calle Matriz N° 13; Manuela Zamora, para la venta de huevos en calle Cochrane; Francisca Puebla, para la venta de café y comestibles en el malecón frente a la casucha en la plazuela Bellavista, y en la Av. Errázuriz esquina de Blanco; finalmente, Luisa Ahumada, venta de café y comida en el malecón frente a la casa de Besa y Cía.⁴⁵ Casi la totalidad de las sancionadas con la prohibición de venta eran mujeres, que ocupaban un puesto en un sitio determinado.

Valparaíso moderno y la venta callejera.

Según las informaciones censales, había en 1885, 691 vendedores ambulantes - 606 hombres y 25 mujeres - en el departamento de Valparaíso, sobre una población total de 115.147 habitantes.⁴⁶ Diez años más tarde, en 1895, el censo arrojó 669 vendedores ambulantes - 556 hombres y 113 mujeres - de una población total de 133.418.⁴⁷ Ambas cantidades nos parecen sólo un segmento de los trabajadores en ventas callejeras, que correspondían a aquellos que tenían patente para tal oficio. Porque la venta ambulante,

44. Revista Sucesos. Valparaíso, Año XI, N° 555. 24 de abril de 1913.

45. Archivo Municipal de Valparaíso, Vol. 134. 1° de mayo de 1907.

46. Intendencia de Valparaíso (Archivo Nacional). Vol. 544. Censo General de la República de Chile. Provincia de Valparaíso, 1885. Pág. 260.

47. Intendencia de Valparaíso. Vol. 778. 7mo. Censo General de la Población de Chile levantado el 28 de noviembre de 1895.

tal como lo fue en las ciudades hispanoamericanas durante el Período Colonial,⁴⁸ constituyó una actividad de tiempo completo, pero también de dedicación parcial o complementaria a otros trabajos. Así, los días domingo y festivos religiosos, muchos aprovechaban la oportunidad para aumentar sus magros ingresos vendiendo chucherías a la salida de la iglesia o en las ocasionales “ferias libres”, llamadas así por que no se pagaba impuestos.

Avanzando el siglo XIX, las mujeres ganaban más espacio en el trabajo porteño, especialmente las llegadas de los campos, a la par que los hombres optaron por otras ocupaciones mejor remuneradas, sobre todo cuando el Municipio comenzó a poner trabas a la venta ambulante. El crecimiento demográfico y urbano de Valparaíso, y las intenciones de la élite y el poder municipal por regular la vida urbana, satisfacer las necesidades de una creciente población y proveer de servicios, como aseo de las calles, agua potable y desagües, entre otros, trajo como consecuencia que la autoridad mirara a los sectores populares como innatos transgresores a las normas de urbanidad. Chinganas, juegos de bolos, riñas de gallos, u “ocupaciones” como prostitución o mendicidad, fueron normados y restringidos, o prohibidos.⁴⁹ La venta callejera era vista como desorden, desde la perspectiva de la autoridad pública y de la clase alta, porque atentaba contra los intentos de racionalizar los espacios urbanos en un momento en que se encontraban definiendo sus calles, accesos y vías de transporte. Iba también en desmedro del aseo de las calles y sus malos olores, pues frituras y pescado no fresco inundaban los alrededores del mercado y ciertas calles con sus miasmas. La venta ambulante ponía en peligro la higiene y salubridad de la población, especialmente durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando proliferaron las enfermedades contagiosas y los higienistas locales, como Guillermo Rawson, al tanto del discurso higienista europeo, vieron la relación existente entre las emanaciones pútridas y las epidemias.⁵⁰ Aguateros y lecheros arriesgaban la vida de la población, con sus productos muchas veces contaminados. Por eso, la oficina de inspección sanitaria tuvo especial control de la venta de leche al pie de la vaca.

48. Haslip-Viera, Gabriel. “La clase baja”. En: Hoberman, Louisa; Socolow, Susan (Compiladoras). **Ciudades y sociedad en Latinoamérica colonial**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1992 (1ª Edición Alburquerque, 1986).

49. Sobre los espacios de diversión popular y la restricción de la autoridad, ver a Valenzuela Castañeda, Lucía, “Diversión popular y moral oligárquica: entre la barbarie y la civilización. Valparaíso, 1850-1880”. En: **Contribuciones Científicas y Tecnológicas**, N° 122. Universidad de Santiago, 1999. Págs. 157 a 170.

50. Alvarez Aránguiz, Luis. “Origen de los Espacios Públicos en Valparaíso: el discurso higienista y las condiciones ambientales en el siglo XIX”. En: **Revista de Urbanismo**, N° 4. Universidad de Chile, Facultad de Urbanismo. Santiago, julio del 2001.

El cuadro no estaría completo si no consideráramos que el control municipal generaba fuentes de ingreso a la Alcaldía, a través del cobro de patentes, permisos y multas a los vendedores ambulantes. Tradicionalmente en Chile Colonial y en la primera mitad del siglo XIX, los ambulantes ejercieron su oficio sin mayores trabas por parte de vecinos o autoridades. Sin embargo, a medida que el concepto de confort e higiene, sobre todo en Valparaíso cosmopolita, fue ingresando en la mentalidad de las clases más acomodadas, surgieron restricciones y prohibiciones. Así, en 1852 “prohíbese vender fruta, pescado, carne u otros comestibles que por falta de sazón, o por su descomposición u otros accidentes puedan ser dañosos, la Policía hará inutilizar tales objetos”.⁵¹ Una medida muy poco invasiva, pero antes inexistente, que da cuenta de un nacimiento de la conciencia de higiene. Era ahora la Policía Urbana, creada hacia 1830, la que debía asumir la vigilancia de los productos, sumando esta función a muchas otras.

Medidas como éstas tenían relación con el aumento de la cantidad de vendedores ambulantes y su presencia en todos los espacios de la ciudad, prácticamente a todas horas. Una de los primeros pregoneros restringidos fueron los carniceros, pero también los aguateros y los vendedores de leche al pie de la vaca. Sobre los primeros se decía, en 1912, que “existe desde largos años a esta fecha una antigua disposición municipal que ordena a los vendedores de carne ambulante en canastos que expenden libremente por las calles, salgan de los mercados y carnicerías de la ciudad después de la hora señalada, que es a las 11 AM. Esta orden de la autoridad municipal ha venido poco a poco violándose, saliendo dichos vendedores por las calles a la hora que les place, con gran perjuicio de los comerciantes de abasto, que tenemos establecimientos sometidos a contribución”.⁵² Una práctica que antes era tolerada como necesaria, ahora estaba desbordándose y era forzoso normalizarla.

Los vecinos y las autoridades vieron en la venta ambulante una instancia de desorden y se relacionó a los pregoneros con delitos, o a sus puestos de ventas como lugares de juego, consumo de alcohol y corrupción. En 1910, la prefectura tenía “motivos para pensar que gran número de robos y hurtos que se cometen en la ciudad son ejecutados por rateros disfrazados de vendedores de diarios, quienes con el pretexto de ofrecer sus mercancías se introducen en las casas donde aprovechan la confianza de sus moradores para efectuar sus raterías”.⁵³

51. Ordenanzas del 2 de octubre de 1852, Valparaíso. Art. N° 71. Peña Salustio. Recopilación de las Disposiciones vigentes en el Departamento de Valparaíso. Valparaíso, Imprenta del Mercurio de Tornero y Letelier, 1872.

52. Archivo Municipal de Valparaíso, Vol. 207, abril de 1912.

53. Archivo Municipal de Valparaíso. Vol. 177, 21 de febrero de 1910.

Ya en la primera mitad del siglo XIX, había 3 mercados. La recova del Puerto fue reconstruida en 1837, mientras que la recova de la Victoria data de 1838-1842, y en 1844 se levantó la del Cardonal.⁵⁴ Los arrendatarios de los puestos en los mercados municipales también se alzaron en contra de la competencia que les oponían los ambulantes. En 1912, se denuncia que “desde hace tiempo se sitúan en los alrededores de las puertas de este mercado vendedores ambulantes que pregonan lo que venden a un precio bajo, por cuanto sobre ellos no existe vigilancia alguna y no pagan contribución...”⁵⁵ Estos pregoneros, por medio de la baratura de sus mercancías, les quitaban la clientela, y además, ensuciaban el lugar sin pagar a la municipalidad los impuestos que, al menos, corresponderían para el pago a las empresas de aseo. Incluso, los comerciantes sin puesto fijo y patente formaban sus propios mercados ilegales, como “... en la calle que desemboca frente a la puerta de la calle Cochrane existe un pequeño mercado en el que se expende toda clase de legumbres, aves y huevos”⁵⁶ Los locatarios del mercado solicitaron, en consecuencia, que la municipalidad “dicte una medida de resguardo a nuestros intereses”.

Los mismos puestos del mercado eran centros de reunión de multitud de clientes pobres que transformaban estos lugares en verdaderas chinganas ruidosas e impertinentes. La Unión denunciaba, en 1893, que “en los cuatro costados de la carpa del Circo Océano se colocan de noche toda clases de vendedores ambulantes, tortilleros, empanaderos...”⁵⁷ Que ensucian las calles y molestan a los vecinos del sector con el olor a grasa. El desorden, la algazara y las riñas se producían en las compra-ventas y en el consumo de productos en los mismos lugares o “puestos”, ganados momentáneamente a la ciudad o en las inmediaciones de las recovas donde se aglomeraba la gente. Por eso, también los arrendatarios de la Recova del Cóndor se quejaban, a fines del siglo XIX, de la competencia que les hacían los vendedores itinerantes que, debido a su movilidad, les quitaban la clientela.

Los puesteros y cocinerías de recovas ofrecían “pescado frito con ensalada” que no era sino pescado arrebozado en manteca, envuelto en una gran lechuga. Era el estilo de Valparaíso cerca del embarcadero: el gentío que bajaba de los cerros a congregarse por las mañanas en las carpas y ventas al menudeo de frutas, verduras, y los mismos pescados, mariscos, tortillas, fritangas en las cocinerías pobres y coloridas de la Plaza Echaurren, donde se juntaban los cargadores del puerto a comer empanadas fritas.

54. Acevedo F., Guillermina et al. “Análisis de algunos documentos municipales de Valparaíso, 1779-1878”. Tesis presentada para la obtención del grado de Licenciado en Historia. Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso, 1968. Pág. 9.

55. Archivo Municipal de Valparaíso. Vol. 207. 24 de octubre de 1912.

56. Ídem.

57. La Unión. Valparaíso, 12 de mayo de 1893.

A fines del siglo, se ofrecían ensaladas de patas, picarones, horchatas con o sin malicia en unas mesas que el diario La Opinión describía, en 1894, como “inmundas, unas bancas negras, unos braseros en que humea leña verde, y unos gritos, una algazara de trasnochados de Pascua”. Y después, lo de siempre, “que la malicia subió a la cabeza, que se descompuso el estómago, que llega la de mojicones, la de palos, la del puñal y la policía, el insulto, el grito, la riña, el calabozo y el juez”⁵⁸

La diversificación de los expendios y los vendedores creció con el paso del tiempo. En la primera mitad del siglo XX, cualquiera persona se instalaba con un puesto improvisado mientras la Policía Urbana solía tolerar esta transgresión. Un turco con sus “baratijas diseminadas sobre un armatoste toscamente construido” vendía peinetas, espejos, elásticos, santitos a dos chauchas.⁵⁹ Las mujeres ofrecían choclos, pequeños, que según la Revista Sucesos, estaban fabricados con carne de perro. Más allá, otro gritaba su mote con huesillos, y acullá un fotógrafo ambulante anunciando “¡A cincuenta cobres el retrato en un minuto (sic)!” y mostraba sus fotos a los transeúntes diciendo “Mirá la fulana, tá quiabla”, provocando la carcajada general cuando alguien protestaba por la foto mal tomada y el fotógrafo decía: “¡Entonces quiere salir mejor que lo qués!” o las mujeres que se instalaban a sacar la suerte provistas de pajaritos que salían de su jaula para coger un papelito con el destino de la consultante, o el churrero, en fin, como dice la Revista Sucesos, era “toda esa serie de individuos que forman el sucio y pintoresco comercio pequeño al por menor”⁶⁰

La venta al detalle y en plena acera, una de las características de la vida urbana de la ciudad medieval y particularmente de la hispanoamericana, puede ser estudiada desde la perspectiva de la historia de los marginados, de la historia social urbana o de las mentalidades. Sería interesante reconstruir su modo de vida, así como la percepción que de ellos tenía (y tiene) la sociedad porteña. Es la historia de hombres y mujeres que participan en los beneficios y en los pesares de la modernidad en el borde de la escala social. No son proletarios, por cuanto no son obreros, sino que viven como trabajadores independientes. Una forma de ganarse la vida.

58. La Opinión. Valparaíso, 1894. Citado en: Urbina Burgos, Rodolfo. Valparaíso, Auge y Ocaso del Viejo “Pancho”. 1830-1930. *op. cit.* Pág. 321.

59. Revista Sucesos. Valparaíso, Año XI, N° 555. 24 de abril de 1913.

59. Ídem.